

Conmemoración de los Fieles Difuntos.

“En la esperanza de la resurrección”

En estos primeros días del mes de noviembre, en los que acostumbramos a visitar los cementerios (del griego *koimeterion* = dormitorio), recuerdo la frase escrita en un monumento funerario: *“Bonum et salutare pro defunctis exorare”*. Se inspira en un versículo del II libro de los Macabeos, que podemos traducir **“es una idea santa y piadosa orar por los difuntos”** (2 Mac 12, 45).

Si el día 1 de noviembre recordamos la inmensa multitud de los santos, el día 2 “conmemoramos” y recordamos a **TODOS LOS FIELES DIFUNTOS**. Nuestra atención se concentra en aquellos hermanos nuestros bautizados que, aún ya fallecidos, forman parte del Cuerpo místico de Cristo; es decir, de la Iglesia. Es una celebración que nos ayuda a **comprender mejor la comunión viva y real de todos los fieles cristianos**, de los que peregrinamos aún en la tierra y de los que gozan ya la bienaventuranza celeste, de los vivos y de los difuntos, de los presentes en la celebración y de los ausentes... de todos los que viven en Cristo.

ORAR POR y **CON** los difuntos significa, por tanto, afirmar que *la muerte no supone una ruptura total entre nuestros hermanos fallecidos y nosotros*; sino más bien, confiesa la unidad de todos los miembros de Cristo que invocan la misericordia de Dios y la intercesión de los santos, siempre atentos a nuestras oraciones.

“Todos los que han muerto en tu misericordia”. En la celebración eucarística hay un momento en el que, al presentar a Dios Padre nuestras oraciones, siempre se recuerda a nuestros hermanos difuntos, *“los que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz”, “ a cuantos murieron en tu amistad, los que murieron en la paz de Cristo y de todos los difuntos cuya fe sólo tu conociste”*. Nos referimos a aquellos hermanos lavados por el agua del bautismo y redimidos por el misterio pascual de Jesucristo. No olvidamos a los demás difuntos, pero nuestra atención se concentra en los que creyeron en Cristo y confesaron su resurrección: *“El que crea en mí, aunque haya muerto vivirá”* (Jn 11, 25). Y, ¿qué pedimos para ellos?.

“Admítelos a contemplar la luz de tu rostro”. La oración de la Iglesia suplica que los hermanos que ya han participado en la muerte de Jesucristo puedan también participar de su resurrección. Después de peregrinar por este “valle de lágrimas” pedimos a Dios Padre que puedan gozar del deseado consuelo y descanso, de la paz y alegría que no encontraron en vida, de la felicidad eterna de estar junto a Dios: *“concédeles el lugar del consuelo, de la luz y de la paz, recíbelos en tu reino donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria”*. Son imágenes metafóricas que nos ayudan a describir la realidad del Reino de Dios. Sin duda alguna es un lenguaje deficiente, pero necesario para expresar en palabras la verdad de nuestra fe y alentar nuestra esperanza.

Nuestra fe confiesa que quienes han compartido ya la muerte de Jesucristo, esperan compartir con Él la gloria de su resurrección. Es un dato seguro, que no podemos demostrar matemáticamente a los incrédulos. Es pura fe y confianza en el Señor. Por eso, la celebración de esta conmemoración afianza nuestra fe y nuestra esperanza, y confiesa en todos los rincones de la tierra que Jesucristo **“es la salvación del mundo, la vida de los hombres, la resurrección de los muertos”** (Prefacio III de Difuntos).

“Si creemos en Cristo, tengamos fe en sus palabras y promesas de modo que vayamos alegres y tranquilos a Él, con el cual hemos de triunfar y reinar siempre”. (San Cipriano de Cartago)